

Breteuil envió desde Suiza un obispo con su plan de evasión conforme con el que Leopoldo envió más tarde; pero ni la reina ni el obispo creyeron prudente hablar al rey los primeros sobre el plan austriaco.

La reina se lo hizo presentar por un hombre que había estado íntimamente relacionado con ella en días más felices y que seguía fiel á los dichosos recuerdos: un oficial sueco llamado Mr. de Fersen. Para no asustar al rey comenzó hablándole simplemente de refugiarse en el ejército de Bouillé, entre aquellos regimientos fieles que acababan de mostrar tanto vigor en Nancy. Además de no abandonarse con este plan el suelo francés, se estaba próximo á la frontera austriaca, al alcance de los socorros que enviaría su cuñado Leopoldo. El rey escuchó y fué mudo.

La reina intervino entonces apoyando el proyecto, y obtuvo por fin un poder general para tratar con el extranjero; poder que fué confiado por el rey á Breteuil, el hombre de confianza de la reina. *El extranjero* era toda Europa y especialmente Austria.

Advertido Mr. de Bouillé, aconsejó al rey que huyese con preferencia á Besançon, al alcance del socorro de Suiza, protección menos comprometedora que la de ninguna otra potencia. Pero esto estorbaba el plan de los consejeros austriacos y se insistió en favor de que el lugar fuese Montmedy, á dos leguas del territorio de Austria.

Para entenderse definitivamente, Bouillé envió á París, en Diciembre, á uno de sus hijos, Luis de Bouillé, que conducido por el obispo, primitivo arreglador de este asunto, fué de noche á avistarse con Fersen en una casa muy retirada del arrabal de Saint-Honoré.

El joven Bouillé era muy joven; no tenía mas que veintiún años. Fersen era muy devoto de la reina, pero era también muy distraído y olvidadizo y quería hacer muchas cosas al mismo tiempo. Fueron por tanto estos dos personajes los que tuvieron en su mano y arreglaron los destinos de la monarquía.

Bouillé (padre), conociendo la corte y sabiendo que podían desautorizarle con la mayor frescura si la cosa resultaba mal, había exigido del rey que le escribiese una carta detallada autorizándole, la cual había de ser leída por su hijo que sacaría una copia. Cosa grave y peligrosa. El rey escribió y firmó un párrafo que dos años después había de conducirlo á la muerte. «Hace falta asegurarse ante todo de los *socorros* del extranjero.»

En Octubre el rey, en su primera aprobación al proyecto, dice solamente que cuenta con las *disposiciones favorables* del emperador y de la España. En Diciembre pide *socorros*.

El proyecto tenía una apariencia de francés. El éxito de Bouillé en Nancy había infundido la esperanza de que un gran partido en el ejército y en la guardia nacional se pronunciaría en favor del rey y que la Francia quedaría dividida. A Bouillé le bastaba que el Austria hiciese una demostración *exterior*, solamente para dar pretexto de reunir sus

regimientos, pero un hecho cambió la faz de las cosas, devolviendo la unanimidad á Francia.

El asunto resultó todo extranjero. Bouillé declaró que necesitaba regimientos alemanes para *contener* las pocas tropas francesas que aún le quedaban. *Exigia*, dice su hijo, el socorro de los extranjeros. En París la evasión fué tramada en casa de un portugués, dirigida por un sueco, y el carruaje de que se sirvieron los fugitivos fué prestado por un inglés.

Así, lo mismo en sus pequeños detalles que en las circunstancias más importantes, el asunto apareció como una conspiración extranjera. El extranjero, metido hasta el corazón del reino, nos hacía la guerra por el rey. Y el rey mismo y la reina ¿qué eran? Extranjeros los dos por sus madres: el un Borbón-Sajonia, ella una Lorena-Austria.

Generalmente los soberanos, en los cuales buscan los pueblos guardianes de su nacionalidad, se encuentran por sus parentescos y matrimonios que son más europeos que nacionales, habiendo dejado en el extranjero sus relaciones más queridas, sus amistades y sus amores.

Son pocos los reyes que en batalla contra otro rey no se encuentran enfrente de un primo, un sobrino ó un cuñado. El hombre que estaba al frente de la Francia no era solamente un rey *extranjero* de sentimiento, *lo era también de raza*. El rey alemán era su pariente; el rey español lo era también. Si sentía escrúpulo de apelar á Austria, lo desvanecía inmediatamente con la idea de apelar al mismo tiempo al rey de España su primo.

Era además *extranjero* por un sentimiento exterior (superior á sus ojos) á toda nacionalidad: *extranjero por religión*. Para el cristiano la patria es una cosa secundaria. Su verdadera patria es la Iglesia, para la cual toda nación no es más que una provincia suya. El rey *cristianísimo* de Francia, ungido por los sacerdotes con el óleo santo de Reims, unido á ellos por un juramento, juzgaba nulo todo juramento posterior.

A pesar de que conocía bien á los curas y nunca los había escuchado, los consultó ahora. El obispo de Clermont le confirmó en la idea de que el atentado á los bienes de la Iglesia era un sacrilegio. El obispo de Pamiers le proporcionó el plan de evasión, y la necesidad en que se vió el rey de sancionar el decreto sobre el juramento de los curas, acabó con todos sus escrúpulos. El cristiano mató en él al rey francés.

Su débil y turbada conciencia se aferraba á dos ideas, aquellas de que hemos hablado al principio de este capítulo. Creía no imitar á Jacobo II, no abandonar el reino, y creía también no imitar á Carlos I, no hacer la guerra á su pueblo. Estos dos peligros evitados, que eran todo lo que le había enseñado la historia de Inglaterra, Luis XVI ya no temía nada en el mundo. Su espíritu reposaba sobre la vieja superstición que ha impulsado á los reyes á cometer tantos desmanes. «¿Qué me ha de ocurrir haga cuanto haga? Soy un ungido del Señor y todos me deben respeto.»

En la carta que le exigió Bouillé escribía que á ningún precio quería sacar los pies fuera de su reino y menos para volver á entrar por la frontera en son de guerra.

Los reyes tienen una religión especial: son devotos de sí mismo; de la realeza. Su persona es como una hostia, su palacio el divino santuario, y sus cortesanos y domésticos tienen su carácter sacro, casi sacerdotal. Luis XVI fué sensiblemente herido en los sentimientos de esta religión por la escena que ocurrió en las Tullerías el 28 de Febrero por la noche. Lafayette, á la cabeza de la Guardia nacional, venía de sofocar la revuelta de Vincennes convencido de que esta era obra de la corte. Al entrar en las Tullerías vió los salones y escaleras del palacio llenas de nobles armados que estaban allí sin poder explicar la causa de su presencia. La Guardia nacional, cansada y de mal humor por las fatigas del día, no trató á los nobles señores con las consideraciones á que estos creían tener derecho. Les arrancó sus espadas, sus pistolas y puñales, lo que les valió en adelante el título de *caballeros del puñal*. Desarmados uno á uno entre silbidos é insultos, muchos de los nobles recibieron de los burgueses armados alguno que otro culatazo.

Luis XVI, entristecido por esta falta de respeto á los suyos, aún se mostró infinitamente más sensible á la expulsión de los curas no juramentados que en primavera tuvieron que abandonar sus iglesias. Muchos de estos sacerdotes rebeldes fueron recibidos en los castillos reales y en las Tullerías. El rey no conocía ninguna de las intrigas del clero, no veía en él al organizador de la guerra civil: olvidaba enteramente la cuestión política, reduciéndolo todo á la cuestión de la tolerancia religiosa.

Cosa notable. Políticos y hasta filósofos que nada tenían de cristianos, como Sieyès y Raynal, juzgaban las cosas del mismo modo y sus reclamaciones en favor de los curas debieron confirmar á Luis XVI en su oposición al movimiento revolucionario. Se creyó libre de todo juramento, desligado de todo deber. Contra la Revolución creyó tener la razón de Dios.

Aun que él quisiera ó no ¿la contrarrevolución no iba á verificarse? Su hermano, el conde de Artois, estaba entonces en Mantua, cerca del emperador Leopoldo, con los embajadores de Inglaterra y Prusia. Era en realidad un congreso, donde habían de tratarse los asuntos de Francia. Si el rey no trabaja por su parte, ellos trabajarían sin él. En realidad jugaba él un papel muy escaso en el plan del conde de Artois. Este plan belicoso arreglado por su factotum Colonne, consistía en que cinco ejércitos de cinco naciones diferentes entrasen en Francia al mismo tiempo. El de Artois era en esta Iliada el Agamenon, el rey de los reyes; dispensaba gracia y justicia... reinaba en una palabra. ¿Y el verdadero rey? Se dedicaría á la misa y á la caza. ¿Y la reina? Sería enviada á Austria ó á un convento.

Leopoldo, á esta novela del hermano de Luis XVI, contestaba con

otra novela, asegurando que el día 1.º de Julio sin falta los ejércitos serían exactos en acudir á la frontera. Solamente manifestaba cierta repugnancia á que entrasen en Francia. Aunque por su parte lo hubiera intentado, su hermana se lo impedía: le escribía desde París manifestando que no tenía ninguna confianza en Calonne. Al mismo tiempo el rey y la reina hacían decir al conde de Artois que se fiaban de Calonne y le autorizaban para tratar en su nombre.

Todos los trabajos del rey y la reina en esta época son dobles y contradictorios.

A Lafayette le hicieron ofrecimientos ilimitados por medio del joven Bouillé, su primo, si quería ayudar al restablecimiento del poder real y al mismo tiempo escribían al conde de Artois diciendo que conocían á Lafayette «como un desdichado, un faccioso fanático en el que no podían tener confianza.»

Así, en el momento mismo en que el rey con su tentativa de salir de las Tullerías (18 de Abril) hacía constar ante la Europa su falta de libertad, escribió, por indicación de los Lameth, una carta á la Asamblea en la que decía que era perfectamente libre. El ministro Montmorin le manifestó en vano lo inverosímil que resultaba la cosa. El rey insistió y el ministro tuvo que comunicar á la Asamblea esta carta, única en su género, en la que Luis XVI manifestaba á las cortes extranjeras sus sentimientos revolucionarios. En esta carta ridícula el rey hablaba en estilo jacobino, diciendo que no era más que el primer funcionario público, que se hallaba libre y que libremente había aceptado la Constitución *que hacía su felicidad*. Este lenguaje nuevo que extrañó á todos, esta voz falsa que desentonaba causó al rey un mal increíble: los que aún sentían cierto afecto por él, le despreciaron al ver su doblez é hipocresía.

Todos adivinaron que al mismo tiempo escribía en secreto un documento á las cortes extranjeras desmintiendo su propia carta. Nadie se equivocaba. El rey engañaba á Montmorin, el cual por su parte engañaba á Lameth como lo había hecho con Mirabeau. Luis XVI hacía decir secretamente á Prusia y Austria que toda palabra suya en favor de la Constitución debía ser tomada en sentido opuesto y que *si* quería decir *no*.

El rey había recibido una educación puramente real de Mr. de la Vauguyon, el jefe del partido jesuíta. Su honradez natural prevalecía en las circunstancias ordinarias, pero en las crisis en que el realismo ó la religión entraban en juego reaparecía el jesuíta. Demasiado devoto para sentir el menor escrúpulo de honor caballeresco y creyendo que el que engaña para hacer lo que considera un bien no engaña nunca, el rey, en materia de fidelidad, traspasaba todo límite.

El Austria no creía mucho más que la Francia en la buena fe de Luis XVI. Tal vez en el fondo, sintiendo un escrúpulo de francés, quería engañar á Austria aprovechando sus socorros. Solamente la pidió

diez mil hombres, fuerza insignificante y contrabalanceada por el ejército español con que contaba y los veinticinco mil soldados que Suiza, en virtud de las capitulaciones, debía proporcionar al llamamiento del rey. Los austriacos, viendo esto, no se daban prisa en acudir, alegando la oposición de Prusia é Inglaterra. No les convenía ayudar gratuitamente, trabajar como figurantes de comedia para enardecer y animar á los realistas franceses y crear un rey de fuerza.

Para decidirles á emprender el asunto hacía falta interesarles. Si el rey hubiera ofrecido como recompensa la Alsacia ó al menos algunas plazas fuertes, su cuñado, el sensible Leopoldo, le hubiera prestado un concurso más eficaz.

Tal era la situación del triste Luis XVI, situación que inspira piedad á pesar de que engañaba á todo el mundo.

No contaba con nada seguro, ni en las gentes que estaban á su nivel, ni en las de abajo ni en su misma familia. En sus parientes no encontraba más que egoísmo. Lejos de ser un sostén, sólo contribuyó singularmente á su pérdida.

Sus tías le comprometieron con su impaciencia por partir antes que él, provocando así la terrible discusión sobre el derecho de emigrar y disminuyendo para el rey las probabilidades de éxito de una evasión.

Su hermano mayor, el conde de Provenza, contribuyó también con sus consejos y con sus tentativas para sacarle de París sin su consentimiento. Pero la persona que produjo más directamente la pérdida de Luis XVI fué la reina. Temiendo con exceso toda separación, se aferraba al rey, no le dejaba un momento solo, quería que de partir fuese juntos y con la escolta de todos los suyos, haciendo con tantas exigencias la huida casi imposible.

Una preocupación excesiva por la seguridad de la reina, hizo que Mercy, embajador de Austria, contra todo buen sentido y contra las indicaciones de Bouillé exigiese que una serie de destacamentos de caballería se escalonasen en el camino que debía seguir en su fuga la familia real; precaución propia para inquietar, para advertir y amotinar las poblaciones, insuficiente para contener las masas populares armadas, é inútil para el rey, que personalmente no inspiraba aún odios. Los periódicos repetían la opinión del pueblo al decir «que Luis XVI lloraba ardientes lágrimas por las tonterías que le hacía cometer la Austriaca.»

Aunque hubiera sido reconocido en su fuga habría pasado adelante: pocas personas hubieran tenido corazón para ponerle la mano encima. Pero la vista sola de la reina desvanecía todos los temores y respetos, despertaba los odios y hacía sentir hasta á los mismos realistas el peligro de que ella condujera al rey de Francia al seno de los ejércitos extranjeros.

La reina influía además de una manera funesta en la ejecución del proyecto de fuga, escogiendo por agentes no los más capaces, sino los

más devotos á su persona y á la familia austriaca: su fiel sueco Fersen, su secretario Goguelat, que ella había empleado en dos misiones secretas cerca de Esterhazy y otros; y en fin, el joven Choiseul, de una familia querida del Austria, joven amable y de corazón, de una gran fortuna y que consideraba como una gran fiesta recibir á la reina en sus posesiones de Lorena, estimando aún más este honor que el hecho de salvarla y conducirla hasta allá.

Mr. de Bouillé quería indudablemente complacer á la reina, confiando á este joven uno de los papeles más importantes en el asunto de la evasión.

El viaje á Varennes de la familia real fué un verdadero milagro de imprudencia. Bastaba que el buen sentido aconsejara una cosa para que hiciesen la contraria.

La reina, con dos ó tres meses de anticipación, como para advertir á todo el mundo de su partido, encomendó á varias tiendas de París un gran equipo para ella y sus hijos. Después encomendó un magnífico *necessaire* de viaje semejante á otro que ya había usado; mueble complicadísimo que contenía todo cuanto puede desearse para dar la vuelta al mundo. Luego, en lugar de tomar un coche ordinario, encargó á Fersen que hiciese construir una gran berlina, en la cual delante y detrás pudieran cargarse maletas, balijas, cajas, todo lo que llama la atención sobre un carruaje en los caminos.

Aún no era bastante esto. El coche había de ser seguido por otro donde irían las damas más amigas de la reina, y delante y detrás galoparían tres guardias de corps vestidos de correos con casacas nuevas de amarillo claro propias para llamar la atención de todos y hacer creer cuando menos, por el color, que eran gentes del odiado príncipe de Condé, el general de los emigrados.

Y menos mal que estos hombres hubieran sido bien preparados. Pero ninguno de ellos conocía el camino, y en vez de ir armados hasta los dientes sólo llevaban pequeños cuchillos de caza. El rey les advirtió que encontrarían armas en el coche; pero Fersen, el hombre de la reina, temiendo sin duda para ésta los peligros de una resistencia armada, se olvidó de ellas.

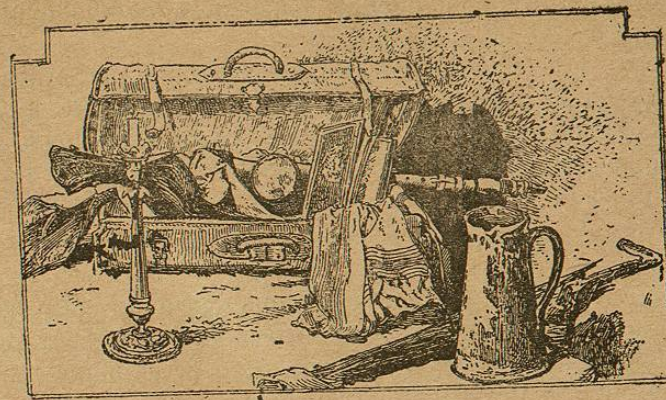
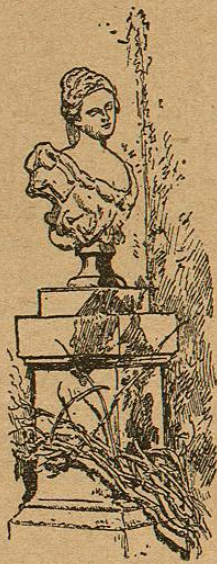
Todo esto es la parte ridícula de la imprevisión. Pero he aquí lo triste, lo innoble. El rey se dejó vestir de lacayo; se endosó un casaca gris y una peluca. Tomó el nombre de Durand, de profesión ayuda de cámara. Este detalle humillante consta en el pasaporte dado á la reina, como dama rusa, con el título de baronesa de Korff. Y puestos ya á cometer imprudencias que lo revelasen todo, resulta que la fingida aristócrata rusa tiene tal intimidad con su lacayo, que lo mete en su carruaje frente á ella y viaja tocando rodilla con rodilla.

¡Vergonzosa metamorfosis! Francia, al verle huir así, volverá los ojos con repugnancia.

«Meteréis—dijo Luis XVI días antes de partir—en la caja del co-

che el uniforme rojo, bordado de oro, que llevó en Cherburgo...» Lo que ocultó en sus cofres hubiera sido su defensa.

El traje del día en que el rey de Francia apareció en Cherburgo contra Inglaterra, rodeado de la marina francesa, valía más para hacerle sagrado que la santa ampolla de Reims. ¿Quién se habría atrevido á detenerle, si levantando su casacón gris hubiera mostrado aquel traje? Debía haberlo guardado; ó mejor aún, guardar el corazón francés como lo tenía entonces.



### CAPITULO XIII

#### Huida del rey á Varennes

El rey huyendo entregaba sus amigos á la muerte.—Confianza y credulidad de Lafayette y Bailly.—Imprudencias de las partidas (20 de Junio del 91).—El rey debía pasar por tierra austriaca.—Peligro de la Francia.—Venganzas probables.—La Francia vela por ella misma.—El rey perseguido, detenido á la entrada de Varennes, arrestado.—Los habitantes del campo afluyen á Varennes.—Indignación del pueblo.—Decreto de la Asamblea llamando al rey á París.

Lo que más aflige en este viaje á Varennes, lo que disminuye la idea que el historiador quisiera hacerse de la bondad de Luis XVI, es la facilidad con que éste sacrificó, huyendo, la vida de muchos hombres que le eran adictos y que puso en peligro de muerte.

Lafayette se encontraba, por la fuerza de las circunstancias, guardián involuntario del rey y responsable de su persona ante la nación. Había mostrado él, de diversas maneras, que aunque comprometido en favor de la Revolución, deseaba el restablecimiento de la autoridad real como garantía del orden y la paz. Republicano de ideas, de teoría, no había sin embargo vacilado en sacrificar á la monarquía su gran pasión, lo que más estimaba, la popularidad. Era indudable para la familia real que á la primera noticia de su fuga Lafayette sería hecho pedazos.

Otro de los comprometidos era el ministro Montmorin, amable y debil carácter, crédulo en extremo para las palabras del rey y que en 1.º de Junio, para contestar á los periódicos, escribía á la Asamblea asegurando «bajo su responsabilidad, con su cabeza y con su honor,» que jamás el rey había soñado en huir de Francia.

Y no estaba en mejor posición el infeliz Laporte, intendente del rey y su amigo personal, quien sin ser consultado recibió el encargo terrible al partir Luis XVI, de llevar á la Asamblea la carta en que protestaba contra la Revolución. El primer golpe del furor público había de caer sobre este desgraciado mensajero involuntario de una declara-